

LAS FIESTAS CIVICAS

DEBEN TRANSFORMARSE Y CONVERTIRSE EN VERDADERAS DIVERSIONES POPULARES!!

MEDIOCRICIDAD Y RUTINA FUERON LAS CARACTERISTICAS DE LAS ULTIMAS FIESTAS!!

Las fiestas que han pasado este año, como las que han pasado otros años, se han efectuado dentro de un carril de rutina y de monotonía que es necesario romper, para que las fiestas se conviertan en verdaderas diversiones populares. Fuera de los bailes que se celebran en el Parque Central, y que son una innovación introducida el año pasado por la fracción comunista de la comisión de fiestas, la demás diversiones que preparó la última comisión, carecen de todo sentido de festejos pudiéndose decir sin temor a equivocarse que las tales fiestas no son más que una complicidad para que las casas de juego y la fábrica de licores hagan buenos negocios. La comisión de fiestas se encarga de reventar una bombetas a mediodía del 29 de diciembre, y de hacer recorrer las calles unas carrozas de pésimo gusto—con las que trata de divertitir al público. Y salen a la calle el empleado que ha empeñado tres o cuatro meses de su sueldo, el jornalero que ha estado ahorrando pacientemente unos centavos para esta gran solemnidad, para divertirse, como lo piden el calendario, las bombetas y la comisión de fiestas. Ya en la calle haciendo excepción de los bailes populares y los "toros", la gente no encuentra otra cosa que ruletas, mesas de "virgen" o de "dados legítimos" y cantinas.

Cositas, por lo demás que se encuentran en cualquier época. Este es en realidad el fondo de las fiestas. Naturalmente, no desconocemos que hay personas que se divierten sin hacer ni lo uno ni lo otro: se montan en los caballitos o se resbalan en el tobogán, pero esta gente no es la que hace las fiestas.

Nosotros, sin necesidad de horrorizarnos porque el pueblo se tome algunos tragos de guaro en las fiestas, o porque juegue algunas pesetas en la ruleta, consideramos que estas diversiones de fin de año deberían tener otro sentido. Los festejos populares deben ser espectáculo que diviertan y alegren al pueblo de verdad. En vez de carrozas antiestéticas, que no hacen sino acabar de echar a perder el gusto del pueblo y exaltar la vulgaridad, se deben hacer carrozas bonitas que despierten la admiración por lo bello. En vez de las cuartetas tontas y vulgares de las comparsas se podrían cantar en la calles canciones ingeniosas.

Es de esperar que el próximo año, la Comisión de Fiestas con la experiencia de éste y de otros años, y dándose cuenta del espectáculo desagradable de estas fiestas mal organizadas, se decida a innovar y a ofrecer al pueblo verdaderas diversiones que le den una alegría legítima.

SE DESGRANA LA MAZORCA

Votos inconscientes que están muy bien dentro del rebaño calderonista

Los calderonistas han dado en venir publicando una que otra cartita firmada por algún ciudadano que decía ser de nuestro Partido y que protesta de la adhesión que según él nos dáera alguna vez.

Nos mueven a risa estas protestas que llenan los "marcos de oro" de los calderonistas. Ellas las exhiben como trofeos de sus más altas victorias. Nosotros sabemos que esas protestas sólo significan

chantaje burdo y supina ignorancia. Nuestro Partido se está forjando a base de conciencia, a base de responsabilidad de sus militantes; quienes dicen irse de nuestras filas en realidad nunca han estado en ellas; porque en nuestro partido se milita por conciencia, por convicción honda y no por ofrecimientos de puestos ni por humorada, ni por imposición caciquil o patronal.

Sepan los regocijados calderonistas que nosotros no buscamos a los ciudadanos como ellos los buscan, para arrancarles una adhesión con firma para un señor que quiere ser Presidente de la República; sepan que nosotros buscamos a los ciudadanos para convencerlos de que han de luchar por un programa de gobierno sustentado en la conciencia popular. Aquellos que, según los calderonistas se van de nues-

tro Partido, son gentes que en realidad se acercan a nosotros por novelería o a la pura bulla, como dicen. Que no han sabido nunca lo que es un partido de ideas, que no tienen conciencia de la función política que al pueblo le toca desempeñar y que, por lo tanto, no son más que votos inconscientes, cabalmente los únicos que pueden estar muy bien dentro del rebaño calderonista.

CUENTOS SALVADOREÑOS

EL TORO

Don Ricardo iba de camino. Había andado muchas leguas a pie y las piernas parecían fallarle. Una jornada de un mes y pico, por montañas y malos caminos, violando las fronteras en la oscuridad de la noche, pues era un perseguido político. Penetraba en territorios cuyas costumbres desconocía.

Aquel día, una de esas fechas inolvidables en la vida de un hombre y que se pierden en el almanaque, había hecho una jornada más larga para poder llegar con el crepúsculo a los ranchos más próximos en su itinerario. Cuando hubo llegado lo primero que buscó, como buen caminante hambreado, fué la comida.

—No hay, señor—le dijeron en el primer rancho. Aquí se come temprano. En el rancho que sigue donde don Jeremías, encuentran, pues ellos son ricos y tienen gallinas y huevos.

Don Ricardo siguió. No bien había traspuesto la "tranquera" cuando le salió al encuentro un hombrecito de sombrero de palma y pantalones rotos; vio a nuestro caminante con ojillos brillantes y maliciosos, y le dijo:

—¿Quiere comprar un "toro"?

—¿Un toro?...

—Se lo doy barato.

Don Ricardo se quedó pensativo. ¿Para qué? —se dijo mentalmente. Acáso este hombre me ha vista talla de ganadero. Sin embargo, no escatimó la pregunta:

—¿En cuánto?

—En un peso.

Al oír aquella respuesta estuvo a punto de lanzar una exclamación. Volvió a pensar: ¡Caramba!, aquí regalan el ganado. Y como era hombre que no daba su brazo a torcer, requirió:

—¿Dónde lo tenés?

—Por ahí... replicó el hombrecito haciendo un movimiento con los ojos.

Se internaron entre el magueyal. Estaba en tierras de El Salvador sembradas de henequén.

No había nada. Ni un cuerno asomaba ni se dejaban oír las pisadas de algún animal, lo cual causó en don Ricardo un principio de duda.

—Pero ¿dónde está?

—Aquí mire—contestó el hombrecito, a la vez que metía las manos entre las hojas carnosas del maguey para sacar algo.

El "toro" era largo y estaba metido en una botella pescuezo. "Esto es gato", pensó

el comprador ya que en su tierra de los quetzales—Guatemala—así le llamaban. Se trataba de un contrabando. Aquel era el purísimo diablo embotellado: "chaparro" de ese espirituoso que ni arde al pasar por el gaznate. Con aquel guaro podría continuar bien el camino.

Prosiguió el viaje. Llegó a "El Platanar", una finca perdida en el oriente de El Salvador, en tierras de San Miguel. Clima cálido, campos ásperez, rocosos donde sombra a veces un ceibo gigante a orillas de una quebrada. Inmensidades verdes erizadas de puntas donde bajo un sol de fuego se ven los sombreros de palmas y los "cotones" blancos de los campesinos.

—¿Qué calor!—dijo don Ricardo al no más hospedarse en un rancho.

—Y entre más agua se toma, peor es. Hace falta un trago agregó—alguno de los presentes.

—¿Dónde podré conseguirlo?, amigo Ud. sabe: el camino.

—Más tarde, cuando venga "el animal". Hoy es día de fiesta.

Don Ricardo comió y durmió un rato en la hamaca de la "patrona", la dueña del rancho. Cuando despertó ya había entrado la noche.

—Ya es hora, mire... dijo alguien señalando hacia los magueyales.

Por entre la oscuridad destilaban grupos de hombres. Sus pantalones blancos se veían apenas.

—¿A dónde van?

—En busca del "animal". Anda cerca. Ahí por el rastro.

Era el "toro". Ya no hubo sorpresa para él. Quiso ir y acompañó a unos hasta el rastro, pero cuando llegó ya el "animal" había desaparecido.

—¿Qué pasa?

—Cuando son muchos el "animal" se va. Deben ir unos dos o tres embajadores para avisarles que no hay resguardo.

—¡Allá está!—gritó uno de la peonada.

Vieron una luz que se encendía y apagaba en una colina próxima semejando la luz de un caminante extraviado. Allí se "juearon" en busca del "animal". Querían "torear".

La peonada tenía sed de guaro.

—Tanto joderse en la quincena pará no poder tirarse un trago... renegaba alguno.

Aquella masa de trabajadores se desbordaba en un avance inquieto sobre los mague-

yales. Se oía de cuando en cuando un silbido. Era para llamar al "toro".

Un silbido agudo de Remigio, antiguo contrabandista que sabía bien los caminos, paró en raya a todos.

—¿Y diay, Remigio?—preguntaron muchos a la vez.

—Está en la quebrada.

Se fueron por los callejones hasta la quebrada. Esta vez no erraron el camino. Aquí estaban los vendedores de contrabando. Eran cinco: uno des pachaba, otros dos tenían alforjas llenas de botellas sobre los hombros, y otros dos más, de centinelas, observando a la peonada que formaba un semi círculo al frente de ellos. Había, además, otras alforjas en el suelo llenas de contrabando. En las manos de los contrabandistas relucían "corvos" filosos, y en la cintura revólveres niquelados.

—¿Cuánto quiere?—decía una voz fuerte que infundía respeto.

—Una botella.

—A mí, dos.

—Media.

La actitud de don Carlos María Jiménez frente al busto del Dr. Moreno obsequiado por Santos Matute Gómez

Don Carlos María Jiménez es nuestro enemigo político, pero nosotros fieles a nuestros principios de reconocer los valores en donde quiera que ellos están, no podemos dejar pasar desapercibido un acto suyo que merece ser destacado sobre la vida diaria del país.

Al escribir estas líneas recordamos a don Carlos María Jiménez de la época de los Tinoco, cuando se enfrentó con denudedo, el solo en aquel 13 de junio inolvidable en la historia de Costa Rica, a los esbirros y a la policía al servicio de la estúpida tiranía. No es que la situación sea la misma. Pero el hecho de hoy es digno del de ayer.

He aquí lo que ocurrió: el 1° de enero que acaba de pasar, se inauguró en el Hospital San Juan de Dios un busto del Dr. Moreno Cañas, obsequio de Santos Matute Gómez.

¿Y quién es Santos Matute Gómez? Pues nada menos que hermano y compinche del monstruo que se llamó Juan Vicente Gómez y que durante más de veinte años mantuvo a Venezuela dentro del terror. Todavía está fresco en nuestra

Y uno por uno iban recibiendo su parte.

—¡Por fin!—grita Manuel. Le tenemos. Ahora no se escapa. Hay que darle en los cuernos!

Todos se dieron una mirada, y en un acuerdo tácito la botella fué pasando de mano en mano.

Volvieron hablando en voz alta, rompiendo el silencio de los magueyes; alegres, bullan gueros haciendo cada uno su propia historia.

Cuando don Ricardo y los que con él iban llegaron al rancho, la patrona los esperaba todavía.

—¡Quizá "el hombre" quiere comer algo.

Era una atención para don Ricardo, el recién llegado a la finca. Él iba a dar las gracias cuando se adelantó Remigio.

—Perdone, doña Juana, le faltamos al respeto... Le dimos en los cuernos "al animal".

Remigio se movía como una hoja de palma. Volvían de "torear".

memoria aquel régimen de salvajismo durante el cual centenares de hombres murieron asesinados por el látigo y en el que se sometía a todo el que no besaba los pies del tirano a toda clase de torturas, como aquella de colgar por los testículos, la del casco de acero, creación del criminal llamado Vicente Pérez Soto y tantas otras ante cuyo recuerdo el pensamiento se estremecía de horror. Santos Matute Gómez formó parte del Gobierno de Juan Vicente y cuando éste murió, salió huyendo de su país, cargado de millones exprimidos del pueblo venezolano y manchados de sangre. Con las migajas caídas de su tenebroso tesoro, ha querido Santos Matute Gómez ganarse las simpatías del pueblo costarricense rindiendo tributo a una de las memorias más queridas para este pueblo: la memoria noble entre las nobles del Dr. Moreno Cañas.

Don Carlos María Jiménez que fué amigo del Dr. Moreno Cañas entró al Hospital después de haberse celebrado la ceremonia de descubrir el busto PASA A LA PAG. CUATRO

UNA NOVELA COSTARRICENSE

'Vida y Dolores de Juan Varela'

por Adolfo Herrera García

(Comenta Carlos Luis Sáenz)

La vida de un trabajador honrado y valiente, que fracasa estrangulado por la injusticia.

Por esa injusticia social que todos creamos inconscientemente, al aceptar pasivos, la explotación del hombre por el hombre como ley de la naturaleza, como designio ineluctable de una voluntad ultraterrena.

El dolor sordo, sin voz; la angustia, la desesperación de un campesino trabajador y de su familia; la mujer y los chalcines, es el asunto de la novela de Herrera García.

El relato no es trivial, como no puede ser trivial para quien piense y sienta la realidad del campesinado costarricense, el problema de los centenares de Varelas, sin instrucción, sin tierra sin medios económicos para salir de la miseria; abandonados de los gobiernos y cogidos, como la caña entre los mazas del trapiche por la explotación y por el desorden económico de nuestra vida social, que los reduce a ex-hombres: a bagazo humano.

La novela de Herrera García revive esta angustia irremediada de nuestros campesinos. Muestra cómo, en medio de la belleza natural de nuestra tie-

rra fértil,—milpas, arrozales, frijolares; yigüirros, jilgueros, canarios, guarías, cielos azules, aguas cantoras del Barranca, padece miseria un hombre junto con su familia; familia que pudiera vivir sobre esta tierra nuestra con más libertad, y en una abundancia justa, posible y decorosa.

El narrador ha sabido, con pericia artística genuina, disponer el relato de modo que cultiva, interesa y emociona. Los protagonistas se definen con rasgos característicos sobrios. El ambiente del campo se describe con galaurea y ponderación. Hay sentido de buen humor; observaciones finas; captación de términos populares llenos de contenido tradicional. Hay ternura y hay tono de tragedia, sin estridencias.

Es una novela popular, es decir, una novela que va directa a la comprensión y a la emotividad de nuestro pueblo, porque ella es un fragmento de la vida de nuestro campesino, reflejado con simpatía por un temperamento artístico; porque este relato, VIDA Y DOLOR DE JUAN VARELA, ayuda a hacer conciencia y con ella, justicia a los trabajadores del campo.

para congraciarse con el calderonismo que le paga su campaña, como ayer lo pagaron los alemanes para hacer campaña contra la República española, ha redoblado su insidia contra nosotros.

De manera que quien nos ataca con el nombre de Alcides Alarcón es un sujeto declarado indeseable por la misma camarilla que lo paga para que nos ataque.

Lo que queda por ver es si el Presidente de la República sabe que Ramón Caldera, la víctima de su decreto de expulsión, es santo grande de la propaganda calderonista.

Un plumario del cal...

VIENE DE LA 1a. Pág.

atacarnos y conseguir que algunos sectores del pueblo lo tomen en cuenta, tiene necesidad de echar mano de una carreta.

Ahora bien, Ramón Caldera está expulsado del país. Hace pocos días se publicó el respectivo decreto. Pero Caldera, mediante una carta enviada al Presidente de la República y con el apoyo del Gobierno de Somoza logró que el Presidente Cortés no ejecutara el decreto de expulsión. Así ha conseguido quedarse en el país. Y